

Falange Nacional

CHILE Y LA GUERRA

Realidad, deberes y objetivos de
una política internacional chilena

por

RADOMIRO TOMIC R.

Diputado por Tarapacá



6

DEPARTAMENTO NACIONAL DE CULTURA Y PROPAGANDA

Santiago - Av. Bernardo O'Higgins 540 - Casilla 1448

1 9 4 2

Contenido:

Primera parte

CHILE Y LA GUERRA

- 1.—Chile no es neutral.
- 2.—Chile es “no beligerante”.
- 3.—Estados “neutrales” y Estados “no beligerantes”.
- 4.—¿Qué hace Chile por las democracias?
- 5.—Es gigantesca la ayuda material chilena.
- 6.—La ayuda militar chilena.
- 7.—La “ruptura de relaciones” y la guerra.

Segunda parte

EL DESTINO MILITAR DE LA GUERRA

- 1.—¿Cuándo y cómo terminará esta guerra?

Tercera parte

ERRORES Y REALIDADES SOBRE LA POLITICA INTERNACIONAL CHILENA Y AMERICANA

- 1.—La ilusión de los empréstitos.
- 2.—La “presión” norteamericana.
- 3.—No estamos “aislados”.
- 4.—Ayuda a las democracias, lucha antitotalitaria.
- 5.—Voluntad de paz.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

VISITACION

Señoras, señores:

La vieja enseñanza cristiana que elevó a la categoría de dogma de fe la afirmación de la misteriosa e indisoluble comunidad de destino de todos los seres humanos se hace visible ahora a través de la sombría rubricación de la guerra. Nadie está solo. Ningún hombre puede detener por actos de su voluntad el curso infinito y complejo del mundo al cual pertenece y en el cual influye limitadamente. Ningún pueblo puede substraerse al acontecer de la historia y a los efectos de los grandes acontecimientos como esta guerra mundial que estamos viviendo.

Ni como cristianos, ni como hombres, en el sentido que Goethe daba a esta palabra, ni siquiera como seres sujetos al egoísmo individual o nacional, podemos alzarnos y decir: "Esta guerra no es nuestra guerra; esta guerra no nos interesa, ni nos afecta, ni nos importa".

No. Nada sería más fútil que este egoísmo; nada más inútil que esta cobardía de querer suprimir nuestra parte en la angustia común y volviendo la cara frente al gran drama. Tiene razón el norteamericano Hemingway cuando abre el prólogo de su más hermoso libro con una cita de John Donne, de palabras lentas y tristes:

"Ningún hombre es una isla; todo hombre es un pedazo de un continente. Si un montículo de arena es deshecho por las olas, Europa ha sido disminuida. La muerte de cada hombre me disminuye a mí, porque yo estoy envuelto en la Humanidad. Es por esto que no has de enviar nunca a preguntar por quién doblan las campanas, ¡que las campanas están doblando por tí!..."

Señores: He querido comenzar con semejantes palabras esta conferencia sobre nuestro modo de apreciar las realidades, los deberes y los grandes ~~objetivos~~ *objetivos* de una política internacional chilena frente a la guerra y a la postguerra, haciendo estas

reflexiones para subrayar la vasta complejidad de los fenómenos ante los cuales se encara nuestra patria, y para no caer en el simplismo de razonar como si el resto del mundo estuviera vacío y por actos independientes del Gobierno o el pueblo chilenos pudieran suprimirse realidades gigantescas que obedecen a causas cuyo control está fuera de nuestro alcance.

Pero, una palabra más en este preámbulo: Así como sabemos que nada de lo que ocurre en la redondez de la tierra nos es ajeno, así afirmamos también con el mismo énfasis que cada decisión de un hombre o de un pueblo deja su huella en el conjunto de los acontecimientos, y esa huella, ordinariamente superficial, puede transformarse, en determinadas circunstancias, en rasgo que altere la fisonomía de los hechos, tan profundamente, que incluso puede llegar a cambiar fundamentalmente su curso. Afirmo, pues, que si somos miembros de la comunidad mundial de las naciones, no lo somos a la manera pasiva, inerte, muerta, de lo que está determinado desde todos los tiempos y se encadena en una mera sucesión física de fenómenos. No. Formamos parte de la humanidad de ese modo misterioso y arrebatadoramente bello, en que somos a la vez actores y espectadores, sujetos y objetos de la historia, miembros vivos de un cuerpo vivo; en que nuestros errores cuentan, y cuentan nuestros aciertos, y en que, así como nuestro destino personal o nacional es afectado por actitudes de otros pueblos, el destino de los otros puede ser afectado por decisiones del nuestro.

Yo confieso, señores, que no hablo esta tarde sobre la política internacional chilena como pudiera estar hablando sobre otro tema cualquiera, por importante que fuese. Hablo movido por la angustia que produce un mundo en trance de desplome, frente al cual es preciso tener los ojos muy abiertos para salvar los valores permanentes que consideramos esenciales en el mundo de mañana. Hablo con el intenso deseo de ayudar, siquiera en algo, a despertar en todos los chilenos la clara conciencia de que, frente a la extrema turbulencia del mundo, el destino de Chile, nuestros ideales y nuestros supremos intereses, todo, absolutamente todo lo que estimamos esencial, está en juego y puede ser afectado en un sentido o en otro, según sean nuestras decisiones, nuestra capacidad para afrontar esta hora difícil —la más difícil que ha enfrentado el país desde 1879— unidos, sabiendo adónde vamos, sabiendo qué resistimos, sabiendo qué precio estamos dispuestos a pagar para obtener los objetivos que hayamos escogido.

Señores: Para precisar claramente las ideas que la Falange

Nacional estima básicas en el planteamiento de una política internacional para Chile, dividiré mi exposición en tres partes. La primera parte se refirirá exclusivamente a hechos. Hechos relacionados con la "neutralidad", la "no beligerancia", la "ruptura de relaciones". Hechos concretos, irredargüibles, sin cuyo conocimiento y cuya consideración no se tiene el derecho a opinar por "corazonadas", por lo que a uno "le gusta" o "le parece" o "le han dicho", con relación a la posición de Chile. Hechos, realidades concretas indiferentes a los sentimientos o simpatías.

La segunda parte de esta charla trata de proyectar alguna información sobre las líneas generales del problema militar —pivote principal en el curso de la guerra—, y sus instantáneas proyecciones en el desarrollo presente y futuro del conflicto o en la concertación de la paz.

En la tercera parte, quiero hacerme cargo de algunos graves errores de apreciación de parte de quienes juzgan las perspectivas de la política internacional chilena y americana. Quiero, por último, terminar esbozando algunas ideas que a nuestro juicio debieran informar la acción de Chile en América.

PRIMERA PARTE

Chile y la guerra

CHILE NO ES NEUTRAL

Y comienzo: ¿Cuál es la posición real de Chile en este conflicto? ¿Cuáles son los factores que la determinan? ¿Hasta dónde hemos tomado partido en esta guerra y en dónde y por qué nos hemos detenido?...

Empiezo por lo más general. Es un *hecho*, señores, que en esta guerra, además del choque de intereses, hay una contienda ideológica. Hay una contienda de principios, de filosofías de la vida y del Estado, de concepciones políticas, sociales y hasta teológicas.

No se inventa nada en contra del nacionalsocialismo o del fascismo cuando se recogen de los escritos del señor Hitler y del señor Mussolini las afirmaciones mil veces reiteradas —¡y orgullosamente reiteradas!— en orden a los principios que informarán la vida en el Estado totalitario. Esos principios son contrarios a los principios que deben informar la vida en el Estado cristiano. Y han sido expresamente condenados por la Santa Sede.

Estoy muy lejos de caer en la grosería mental y en la traición al mensaje evangélico de aseverar que las democracias ahora en lucha contra los Estados totalitarios representan el Estado cristiano. No. Sabemos bien que ningún esfuerzo de la propaganda puede hacer aparecer esta guerra como una "guerra santa". Pero sabemos también del modo más categórico que los

principios que informan al Estado democrático garantizan en sí mismos, y a pesar de su defectuosa aplicación, los valores y los derechos esenciales de los que luchan por establecer el orden moral cristiano.

Nosotros formamos parte del orbe cristiano. Y como tales, hacemos claramente nuestro un bando en esta guerra: el bando de las democracias que, si bien suelen olvidar o ignorar a Cristo, no pretenden substituirlo con la monstruosa y pagana deificación de la sangre, la raza o el Estado.

Es otro *hecho*, señores, que en esta guerra se oponen los sistemas políticos de la democracia y el totalitarismo. Y es igualmente un *hecho* que Chile, por tradición, por médula institucional, por expresa voluntad manifestada por los mil modos en que un pueblo expresa sus ideales, pertenece y quiere seguir perteneciendo al mundo democrático.

Es un *hecho*, señores, que frente al choque de un bando que afirma la necesidad de convertir al principio racial en principio ordenador del mundo, y otro bando que niega la verdad de este principio y afirma, aunque a veces sea en teoría, la igualdad de todos los hombres y los pueblos, Chile no puede permanecer indiferente. Chile, como todas las demás naciones de la tierra, cuyo acervo humano está formado por el entrecruzamiento de razas distintas, tiene claramente como suyo el bando de los que rechazan el principio racial como fuente discriminatoria de los hombres y como origen del derecho.

Es un *hecho*, señores, que pertenecemos por la dictadura inapelable de la geografía al hemisferio occidental; que nuestro destino está vinculado al destino del continente del cual formamos parte; que nuestros intereses vitales son los mismos intereses de las naciones que forman Latinoamérica; que nuestras simpatías, afinidades raciales, desarrollo económico, posibilidades de advenimiento a una mayor plenitud histórica nos ligan más a América que a Europa. ¿Quién puede negar estas realidades? ¿Quién, que quiera seriamente buscar una luz para orientarse en el confuso presente y un camino para percibir la evolución futura del mundo latinoamericano, puede negar, ignorar o desentenderse de estos *hechos* cuadrangulares?

Por todas estas realidades fundamentales: por la creencia en un orden moral que nivela a hombres y pueblos, atrayendo su fuerza de la creencia en un Dios personal y no en símbolos

sombríos que encarnan la divinidad en la sangre, la raza o el Estado; por instinto de conservación frente a una doctrina racista que nos condena irremisiblemente a un "status" jurídico inferior; por solidaridad racial con pueblos americanos ahora en guerra; por reconocimiento tangible de que nuestro sistema de organización política e institucional coincide con uno de los bandos y choca y se hiere con el otro; por la evidencia de la geografía, que enlaza nuestros centros de producción y nuestros mercados de consumo a los pueblos del hemisferio occidental; por todas estas realidades fundamentales, esta guerra no es una guerra a la cual podemos asistir indiferentemente. Esta guerra no es una guerra ajena, en que no haya nada que le interese, le afecte o le importe a Chile. Al revés, es también en cierta medida una guerra en que nosotros tenemos principios e intereses en juego. Por eso Chile debe seguir —y sigue decididamente— una política que lo coloque en forma clara e indiscutible en el bando de las democracias.

Por eso Chile no es ni puede ser "neutral" en esta guerra.

CHILE ES "NO BELIGERANTE"

Y hemos llegado ahora a un terreno más concreto. Si Chile no es "neutral", ¿cuál es su posición a raíz de la extensión de la guerra mundial al continente americano?

¡Chile ha proclamado y mantiene con leal decisión la "no beligerancia"! ¿En qué consiste la "no beligerancia"? Veamos:

Desde antiguo, el Derecho Internacional concebía dos actitudes frente a la guerra: la del beligerante y la del neutral. El primero, participante en el conflicto armado; el segundo, ajeno a él y reservando para ambos contendientes iguales derechos, igual prescindencia. Este esquema, de dividir a los pueblos en beligerantes y neutrales, parece claro, sencillito, fácil, pero tiene un inconveniente...: ¡es falso! Es falso porque no contiene todos los aspectos reales que la vida crea, porque esquematiza excesivamente los hechos, hasta el extremo de negar cabida a situaciones que no pueden encajonarse con esa simplicidad en la beligerancia o la neutralidad. Según este esquema, deben ser neutrales todos los que no tengan intereses afectados por la guerra y deben ser beligerantes y entrar a la guerra todos los que tengan algún interés en juego. ¿Hay alguien que no admita que esto es de un simplismo torpe y ajeno a la realidad?

Es fácil comprender que siempre haya habido entre los

pueblos o Estados "neutrales" algunos de ellos que, si bien no participaban directamente en el conflicto con las armas en la mano, tenían por uno de los bandos simpatías de entronque familiar, de afinidades raciales, de comunidad de intereses que, aunque no alcanzaran expresión jurídica propia, los colocaban en una posición bien distinta en los hechos que la de aquellos otros pueblos "neutrales" que no estaban sujetos a estos factores.

Los formidables avances de la ciencia y la técnica, que han creado entre los pueblos una interdependencia infinitamente más estrecha y más completa que todo lo que podía imaginarse hasta hace apenas un siglo, han terminado por romper el estrecho molde de "neutrales" y "beligerantes", para dar paso, nombre y forma jurídica a una realidad hasta ahora sin bautizo en el Derecho Internacional: a la realidad de que hay conflictos frente a los cuales pueblos que no son beligerantes, porque no luchan con las armas en la mano, no son tampoco "neutrales", porque proclaman la afinidad de sus intereses con uno de los bandos en guerra y no se atienen ni a las normas ni a las obligaciones ni a las limitaciones de la "neutralidad".

La "no beligerancia" no es una posición intermedia, hecha de remiendos entre las dos anteriores, de corajes a medias y de cobardías a medias. No. Es lisa y llanamente una nueva y distinta posición. La mayor dificultad estriba en que su eclosión al orden internacional es tan de nueva data, desde el punto de vista jurídico, que el corriente de las personas aun no han percibido su consistencia real, y se resisten a abandonar el viejo hábito de pensar de acuerdo con lo conocido.

¿Quién es "neutral"? ¿Quién es "no beligerante"? ¿Quién es "beligerante"? Definamos: Es "neutral" el Estado soberano que jurídicamente declara su prescindencia frente a un conflicto armado y, materialmente, asegura a ambos bandos contendientes iguales derechos y obligaciones.

Es "no beligerante" el Estado soberano que jurídicamente declara la afinidad de sus intereses fundamentales con uno de los bandos en guerra, y materialmente establece distintos derechos y distintas obligaciones para los grupos contendientes.

Es "beligerante" el Estado soberano que jurídicamente declara el estado de guerra con otra nación, y materialmente recurre a las armas y demás medios de fuerza para someterla.

Casi seguramente estas definiciones son incompletas, pero ellas encierran las notas distintas de tres posiciones interna-

cionales ante la guerra perfectamente diferentes, cada una penetrada de un "status" jurídico, moral, mental y material diverso.

ESTADOS "NEUTRALES" Y ESTADOS "NO BELIGERANTES"

Pero, señores, tal vez no sea el mejor camino para aclarar las diferencias entre "neutralidad", "no beligerancia" y "beligerancia", el tratar de distinguirlas por definiciones. Por definiciones pueden, sin duda, sugerirse con más o menos exactitud las diferencias que median entre una casa, un árbol y un caballo. Pero más eficaz que todas las definiciones será mostrar la casa, el árbol y el caballo. Para distinguir entre "neutralidad" y "no beligerancia", que son los términos que han provocado dificultad al común de las personas, creo el mejor método el de mostrar con hechos conocidos por todos nosotros las diferencias patentes entre una postura y otra.

¿Quiénes son "neutrales"; cómo se comportan los "neutrales"? Suecia es neutral. Turquía es neutral. Suiza es neutral. Irlanda es neutral. Hasta hace un año, Rusia era neutral en el conflicto entre Alemania e Inglaterra. ¿Qué hacen los "neutrales"? Comienzan por proclamar su neutralidad, y en seguida prosiguen por comerciar con ambos bandos beligerantes; por recibir de ambos bandos beligerantes o dar a ambos bandos beligerantes ayudas en dinero, en mercaderías o en armas; por facilitar o negar a ambos las mismas cosas. Turquía acaba de recibir cien millones de marcos en armamento alemán y acaba de recibir varias decenas de millones de dólares en armamento aliado. Suecia comercia por igual con Inglaterra que con Alemania. Rusia, hasta antes del ataque alemán, entregaba a Hitler petróleo, materias primas, y recibía de él maquinarias, productos manufacturados, préstamos en dinero.

¿Quiénes son "no beligerantes"; cómo se comportan los no beligerantes"; es igual ser "no beligerante" que ser "neutral"?

Italia proclamó, por primera vez, este nuevo estatuto en el Derecho Internacional. Desde septiembre de 1939 —fecha en que se declaró la guerra mundial— hasta junio de 1940, Italia fué "no beligerante". ¿Hubo alguien, una sola persona ilustrada en la redondez entera de la tierra, que dijese en aquel entonces que Italia no ayudaba a Alemania, que la posición de "no beligerante" de Italia era igual que la de "neutral" de Suiza?

Estados Unidos proclamó, a principios del año pasado

—cuando dictó la Ley de Préstamo y Arriendo—, su “no beligerancia” frente a la guerra en Europa. ¿Hubo alguien, señores, que tuviera la menor sombra de duda respecto a quién ayudaban los Estados Unidos mientras mantuvieron su posición de “no beligerancia”, en la cual ciertamente hubieran seguido hasta hoy al no mediar el ataque japonés contra las islas Hawaii?

La España nacionalista es “no beligerante”, porque proclamó para sí misma este estado y lo ha puesto en práctica. ¿Hay alguien que de veras pretenda no saber con qué bando está España, a quién ayuda España en esta guerra?...

¿Da lo mismo ser “neutral” que ser “no beligerante”, como asevera con mucha ligereza, entre otros, el Partido Comunista en Chile? ¿Sí?... ¿Da lo mismo?... Entonces: ¿Por qué en todos sus mítines, por qué en todos sus diarios atacan con tanto encono a Franco? ¿Por qué sus diputados en la Cámara y en los diarios atacan al Gobierno de Chile por venderle salitre a España? ¿Por qué no atacan a Suiza, a Suecia, a Turquía, a Irlanda? ¿Por qué?... Por una razón sencillísima, señores: porque hay un abismo entre ser “neutral” y ser “no beligerante”. Son dos cosas enteramente distintas. Lo malo es que las diferencias que ven con tanta claridad cuando juzgan a otros pueblos, desaparecen con atroz injusticia cuando juzgan a su propia patria y a su propio Gobierno.

¿QUE HACE CHILE POR LAS DEMOCRACIAS?

Chile es “no beligerante”. Porque ha proclamado para sí este estatuto jurídico y porque ha puesto, acto seguido, todos los medios a su alcance, de carácter psicológico, diplomático, político, económico y militar, al servicio de las democracias.

Hemos ido mucho más allá en la aplicación de la “no beligerancia” de lo que han ido *todos* los gobiernos que precedieron al nuestro en esta actitud. Estamos creando derecho, señores, y no es ésa una de las menores dificultades con que tropezamos. No hay sendas conocidas, porque nosotros hemos avanzado mucho más allá del terreno en que está España en estos días; en que estuvo Italia hasta su ataque a Francia; en que estuvo Estados Unidos hasta septiembre del año pasado en sus relaciones con el Japón.

Es un *hecho* jurídico y real que Chile es “no beligerante”. ¿Cómo se traduce en la práctica nuestra “no beligerancia”, en orden a la ayuda a las democracias?

Jurídicamente: fuimos *la primera nación sudamericana* que ante el ataque a Pearl Harbour, el 7 de diciembre del año pasado, proclamó la "no beligerancia" en favor de los Estados Unidos.

Diplomáticamente: toda la maquinaria de nuestras relaciones exteriores se puso en movimiento en posición de franca simpatía y solidaridad con los Estados Unidos. Fué nuestra la iniciativa de convocar a la Conferencia de Río de Janeiro, en que los Estados Unidos obtuvieron una situación moral, diplomática y de ayuda material del continente entero, infinitamente más sólida, más fuerte, más segura que todo lo que se haya atrevido a soñar Hitler en el continente dominado de Europa. Hemos unido a nuestros pueblos en torno al país americano atacado como jamás en el curso entero de la historia se ha logrado nunca en otra parte.

Una ligereza audaz mueve a algunos a decir que porque Chile no resolvió la "ruptura" inmediata de relaciones con el Eje Chile "saboteó" la Conferencia. ¡Como si no hubiera otro modo de ayudar que el modo servil de tomar decisiones y resolver sobre el destino del país, no por la libre, voluntaria e inteligente consideración de la naturaleza y coincidencia de los ideales e intereses que nos ligan a los Estados Unidos, sino por una sumisión ciega, sin categoría moral, sin calidad, sin mérito, sin inteligencia, a los intereses, deseos o dictados de otros pueblos!

De la Conferencia de Río de Janeiro, convocada por la iniciativa chilena, Estados Unidos obtuvo la declaración de guerra al Eje de diez países latinoamericanos, la ruptura inmediata de relaciones de otros siete, y una RECOMENDACION de "ruptura de relaciones", previa calificación de oportunidad y ratificación de sus organismos constitucionales, firmada por todos los países, incluso Chile. Salvo la guerra, ¿era posible concebir un triunfo mayor para los Estados Unidos, que necesitaban garantizar la seguridad de sus espaldas y la solidaridad del continente entero?

Y acaba Chile, por intermedio de una declaración oficial de su Cancillería, de asumir una actitud del más elevado tipo moral y de la mayor eficacia práctica al expresar que Chile estima afectados sus intereses vitales si cualquier ataque se produce contra cualquier otro país del Canal de Panamá o contra el Canal de Panamá mismo. ¿Ayudamos o no ayudamos?...

Fuimos los primeros en protestar vigorosamente ante las naciones del Eje por los hundimientos de barcos brasileños.

Tradicionalmente, en todas las conferencias panamericanas, las delegaciones de Chile han apoyado las sugerencias tendientes a crear una solidaridad efectiva del hemisferio. En esta misma guerra funciona en Washington, bajo la presidencia de un general chileno, la Junta Panamericana Militar de defensa, que estudia la correlación de Estados Mayores y los mejores medios de garantizar la defensa territorial de todo el continente. A la cabeza de nuestra Cancillería, colocado por la visión de S. E. don Juan Antonio Ríos, hay un hombre que, aparte su talento, sus merecimientos, su reconocida capacidad técnica, representa para el conjunto de las democracias la garantía más efectiva que es posible imaginar, desde el punto de vista personal, con respecto a su tenaz voluntad de cooperación con el mundo democrático.

Políticamente, nuestra nación —y digámoslo con orgullo— tiene la más sólida tradición democrática de toda la América Latina. Es inútil, vano y criminal pretender que los Estados Unidos o cualquiera nación del orbe “tienen derecho a dudar” de la firmeza democrática del Gobierno y del pueblo chilenos. Antes, se puede dudar de la firmeza democrática de todos los demás pueblos del continente, a excepción de los Estados Unidos que poner en tela de juicio la clara, la inequívoca cultura democrática, la solidez democrática de Chile. Esto, señores, es también un *hecho* incontrovertible.

Nuestros partidos políticos, nuestra prensa; los organismos todos, a través de los cuales se organiza y se expresa la opinión pública de un país, son en su inmensa mayoría, en su aplastante mayoría, de sincero contenido democrático y prefieren el triunfo aliado al triunfo del Eje.

Psicológica y moralmente no puede nadie dudar del aporte chileno al frente unido americano.

ES GIGANTESCA LA AYUDA MATERIAL CHILENA

Pero habrá quienes digan que la guerra se hace con otras cosas que con adhesiones morales, psicológicas, que con ayuda política o diplomática, a pesar del altísimo valor que estas cosas tienen en los conflictos armados. Habrá quienes piensen, más bien, en términos concretos de armas, cañones, buques, aviones, dinero. ¿Qué hace Chile por las democracias en el frente económico? Señores: Yo quiero hacer esta declaración con énfasis, porque daría por suficientemente logrados todos

los fines de esta conferencia si pudiera dejar estampada en vuestra mente la realidad de esta afirmación: CHILE HACE POR LAS DEMOCRACIAS Y CONCRETAMENTE POR LOS ESTADOS UNIDOS MAS DE TODO LO QUE HACE NINGUN OTRO PUEBLO AMERICANO. Nadie, en América, entrega un volumen total mayor de aporte material y económico al esfuerzo bélico norteamericano. Nadie en América —ni Brasil, ni México, ni Colombia, ni Venezuela, ni el Perú— da cada día, cada semana, cada mes, cada año un tonelaje de material de guerra mayor o igual que el que sale de los puertos de Chile para transformarse en la fábricas americanas. Señores: Más de cuatro millones de toneladas de material de guerra al año se embarcan desde los puertos chilenos rumbo a los Estados Unidos. Un millón ochocientas mil toneladas de hierro; un millón quinientas mil toneladas de salitre; 500 mil toneladas de cobre, que representan más del 35 por ciento del consumo total norteamericano; y centenares de miles de toneladas de otras substancias minerales salen de los puertos chilenos cada año para transformarse en millares de aviones, de tanques, de cañones; en docenas de barcos de guerra, en millones de kilos de explosivos y en miles de millones de proyectiles.

Nuestro aporte se eleva a la formidable cantidad de quince mil toneladas diarias de material para la industria guerrera de los Estados Unidos. Esto representa un volumen mayor que el que reciben las democracias de ningún otro pueblo latinoamericano. Esto representa el doble de todos los recursos minerales aptos para la guerra que envían todos los demás países latinoamericanos juntos a los Estados Unidos.

¿Puede alguien decentemente pretender que “Chile es neutral y no ayuda a las democracias”?

Preveo el argumento sin fondo, sin patriotismo y sin sentido. Dicen: ¿Qué mérito hay en estos envíos de Chile a los Estados Unidos? ¿Acaso no nos beneficiamos nosotros mismos? ¿Acaso no nos conviene mandarles esos cuatro millones de toneladas al año?

Y yo pregunto, señores: ¿Cómo es posible, de nuevo, que le nieguen a su patria lo que conceden con tanta facilidad a los demás? Porque yo les digo a esos que así razonan: ¿Acaso todos los países del orbe que ayudan a otros en esta guerra no lo hacen “porque les conviene”? ¿Acaso las armas americanas que van a Rusia, a China, a Inglaterra..., no les conviene a los Estados Unidos que vayan? Evidentemente que a los Estados Unidos también les conviene que se mantenga la resistencia inglesa, la

resistencia rusa, la resistencia china, pero ello no quiere decir que lo que mandan deje por eso de ser una ayuda al esfuerzo militar de esos pueblos. ¿Y acaso toda ayuda que prestan los otros países latinoamericanos a los Estados Unidos la prestan porque no les conviene o porque les conviene?

No, señores, no nos corresponde a los chilenos cometer la torpeza de negar lo que hacemos, de rebajar nuestro esfuerzo en ayuda a las democracias. Estos son los hechos, éstos son hechos incontrovertibles, como son incontrovertibles esas inmensas montañas que representan los cuatro millones de toneladas de material bélico, esos 500 vagones de ferrocarril diarios, a que equivale la ayuda chilena a la industria de guerra democrática.

Por lo demás, no es esto todo lo que económicamente hacemos por los Estados Unidos. Les ayudamos con dinero. Con centenares de millones de pesos, y hasta con más de mil millones de pesos al año. Si la Carta del Atlántico se aplicara en nuestras relaciones con el capital norteamericano que explota riquezas situadas en Chile y hoy día íntegramente consumidas en los Estados Unidos, son muchos centenares y hasta millares de millones de pesos los que debieran quedar en Chile en vez de estar, como están, pagando obreros, material y utilidades en los Estados Unidos. No queremos insistir sobre este punto para no dar a nuestra posición de ayuda a los Estados Unidos el menor contorno interesado. Pero baste con decir que solamente en jornales para obreros de nuestra industria cuprífera, en relación con los jornales de los obreros de la industria cuprífera norteamericana, la diferencia sube de quinientos millones de pesos al año para igual volumen de producción. Por mi parte, acepto el sacrificio. Lo acepto con gusto. Pero lo único que pido es que se anote en nuestra cuenta de ayuda a las democracias y no se nos niegue por los mismos chilenos.

LA AYUDA MILITAR CHILENA

Militarmente hacemos por las democracias todo lo que hace posible la "no beligerancia" y sus inmediatas consecuencias. Nuestros puertos están abiertos para los barcos aliados; nuestras costas son seguras para ellos; nuestro ejército coopera con el Estado Mayor norteamericano en la defensa del continente; nuestro Gobierno vigila estrechamente que nada, ninguna actividad pueda ejercerse en Chile contraria a las democracias en lucha.

¡Y acabamos de asumir la formidable responsabilidad de declarar afectados nuestros intereses por cualquiera acción agresiva contra el Canal de Panamá o los pueblos americanos situados al Sur de él!

LA "RUPTURA DE RELACIONES" Y LA GUERRA

Pero, a pesar de todo, hay quienes insisten en que el país debe "romper relaciones con el Eje si quiere ayudar a las democracias".

Digamos dos palabras previas a este respecto. Entre los partidarios de la "ruptura de relaciones" hay dos grupos perfectamente definidos: los que saben que la "ruptura de relaciones" es la guerra y quieren la guerra, y los que la ignoran o, con el corazón encogido y esperando un milagro, se empeñan en creer vanamente que todo no pasará de las dos palabras y que la "ruptura de relaciones" no traerá la guerra a Chile.

Pero, señores, es también un hecho que la "ruptura de relaciones" es la guerra. Y los que no estuvieran dispuestos a "romper relaciones" en caso de que este paso significase la guerra, pueden, desde luego, salirse de las filas de los partidarios de la "ruptura". "La ruptura de las relaciones es la guerra":

1.0—Porque así lo han notificado oficialmente a los Gobiernos interesados los Gobiernos de Alemania, Italia y Japón. El Eje considera la "ruptura de relaciones" como un "acto de guerra".

2.0—Porque los precedentes de Venezuela, Brasil, México y Colombia no dejan hacerse la menor ilusión a este respecto. Ninguno de estos países estaba en guerra. Todos estaban en ruptura de relaciones, pero todos fueron tratados como si estuvieran en guerra: sus barcos fueron hundidos deliberadamente; sus hombres, asesinados en pleno mar; sus puertos —algunos de ellos—, cañoneados por el enemigo.

3.0—Porque yo creo que la lógica tiene también sus derechos. Si los partidarios de la ruptura de relaciones lo son porque, a juicio de ellos, la "no beligerancia" no es una actitud definida y se necesita una *actitud definida*, ésta no puede ser otra que la guerra. Si no, carece de todo sentido, se vuelve una cosa no seria y grotesca, el creer que se ayuda más a las democracias con el sonido de las palabras. Si se sale de la "no beligerancia" es para entrar en la guerra.

Si no fuera así, yo me atrevo a afirmar, con la absoluta seguridad de no ser desmentido, que la "ruptura de relaciones"

se transforma en un acto criminal, porque, por lo que toca a las democracias, no les representa ventaja alguna efectiva en la prosecución de la guerra; y, en cambio, por lo que toca a Chile, le representaría un salto en la oscuridad en medio de los peores peligros, más que peligros futuros, peligros presentes, peligros internos, dimanados del hecho concreto que en nuestro país hay una opinión pública que respetar, y hoy día la inmensa mayoría de los chilenos no quiere la guerra, no entiende que Chile deba declarar la guerra o provocar la guerra sin haber sido provocado ni amenazado; sin que estén en juego ni su honor, ni su integridad, ni su libertad, ni sus intereses supremos.

Estos son los hechos, las realidades que es preciso tener presente para formarse criterio de dónde está Chile en el terreno internacional. Estos hechos sobre la solidaridad moral y material de Chile con las democracias y con el hemisferio americano; sobre la "neutralidad" y la "no beligerancia" jurídica y prácticamente; sobre el gigantesco aporte chileno al esfuerzo bélico democrático; sobre la naturaleza y alcance de la "ruptura de relaciones", son los factores determinantes que dan rostro, sentido y ubicación a la política internacional de Chile.

Pero, con ser muy importantes porque no puede prescindirse de ellos para analizar nuestra política internacional, no son los más importantes en el planteamiento chileno frente al conflicto. No deben ser los más importantes. Estos hechos expresan lo que podría llamarse la "estática" de nuestra política internacional. Pero los pueblos no pueden vivir al día; no pueden estar al acecho de circunstancias cambiantes y careciendo ellos mismos de un pensamiento conductor. Y si esto es verdad en épocas de normalidad y de paz, se hace inmensamente más efectivo en épocas de tan extrema turbulencia como la que acompaña al desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial.

Hay que encontrar ese pensamiento conductor, formado por elementos de juicio permanentes, que le permitan al Gobierno de Chile desarrollar una política coherente, continuada, con terreno sólido bajo sus pies; y que le permitan al pueblo de Chile participar de un modo activo, inteligente y esforzado en el desenvolvimiento que el Gobierno imprime a su política en una hora capital del destino chileno, americano y mundial.

SEGUNDA PARTE

El destino militar de la guerra

¿CUANDO Y COMO TERMINARA ESTA GUERRA?

Entramos, señores, a la segunda parte de esta conferencia. Para condensar mi pensamiento en una sentencia que pudiera servir de epígrafe a esta segunda parte, la llamaré así: La campaña de este año en Rusia decidirá el destino militar de la guerra.

Comienzo con un preámbulo. No hablaré como si tuviera competencia técnica militar. Haré algunas reflexiones sobre aspectos generales que fijan las tendencias determinantes y que están al alcance, no digo de aficionados, sino del sentido común, de la lógica, de la razón..., y del juicio reiterado y universal de los propios interesados.

En el análisis del *problema militar* creado por las campañas del presente año, y particularmente por la campaña de Rusia, se encuentra la clave decisiva del desenlace final de la guerra y de la concertación de la paz. Y, por tanto, la clave decisiva para la actitud de los pueblos latinoamericanos en orden a participar o no participar efectivamente en la guerra.

Pienso que nada es más cierto que la afirmación hecha por el Embajador soviético en Londres, Maisky, el mes pasado, y reproducida en diversos noticieros cinematográficos en estos días en los teatros de Santiago. Dijo Maisky, al condecorar a los aviadores ingleses que fueron a Rusia: "Todo el secreto entre la victoria y la derrota consiste en tener o no tener sobre el enemigo la superioridad decisiva, en el momento decisivo, en el lugar decisivo". Y agregó: "El momento decisivo es 1942; el lugar, Rusia".

Esta afirmación repite el juicio unánime de estadistas como Roosevelt y Churchill, de los altos mandos aliados y de todos

los que, con alguna competencia, se han ocupado del problema.

Sí, señores: la campaña de Rusia sellará la suerte militar de esta guerra en el presente año. Y ella debe ser uno de los primeros factores para condicionar, de un modo inflexible, el "Sí" o el "No" de los pueblos latinoamericanos requeridos a entrar en la guerra por la puerta de la "ruptura de relaciones".

Si Rusia resiste, el Eje estará militarmente vencido, porque tendrá menos de todo: menos soldados, menos obreros, menos industrias, menos materias primas. Y el que tiene menos de todo en la línea larga está perdido.

Si Rusia cae frente a la ofensiva germana de este año, tengamos el coraje de mirar los hechos de frente y de expresar nuestros puntos de vista con total claridad a los Estados Unidos. Si Rusia deja de existir como fuerza combatiente organizada, la paz de compromiso es, tarde o temprano, inevitable, porque se establece un equilibrio de fuerzas que hace imposible la victoria militar de un bando sobre el otro. Si Rusia cae, el Eje tendrá más soldados que las democracias anglosajonas; tendrá más obreros; menos industrias, tal vez, mientras pone a su servicio el vasto poder industrial ruso; tantas o más materias primas que las democracias.

Si Rusia cae, la prolongación de la guerra puede modificar los términos de la paz, pero no podrá alterar el hecho final de que la guerra terminará con una paz de compromiso, nacida de la imposibilidad de una victoria militar de los unos sobre los otros.

Es preciso hacer saber dentro y fuera de Chile que nos damos exacta cuenta de la gravedad de nuestra decisión. La guerra no puede prolongarse después de una eventual derrota rusa sino con la participación efectiva de los 135 millones de latinoamericanos. Si yo creyera que nuestra participación es suficiente para derrotar al Eje, votaría por la guerra. Pero creo firmemente que, aunque Latinoamérica sacrificara cinco millones de hombres y todas sus reservas económicas hasta quedar en la extenuación, no puede alterar los términos militares del conflicto si el poder militar ruso es destruído este verano. En tales condiciones se transforma en verdadero crimen todo gesto, todo acto tendiente a precipitar a Latinoamérica en la participación efectiva en la guerra. Perderíamos todo lo que nos es esencial, todo lo que constituye nuestra misión histórica, todo lo que nos es querido, todo aquello por lo cual estos pueblos luchan en busca de su plenitud histórica. Lo perderíamos todo sin alcanzar ninguno de los objetivos que habrían motivado aparentemente nuestro inútil sacrificio.

TERCERA PARTE

Errores y realidades sobre la política internacional chilena y americana

Señores: Todo esto parece claro. Son claros los fundamentos para que Chile no sea "neutral". Son claros también los fundamentos que explican y justifican la "no beligerancia". Son claros los antecedentes para que no provoquemos nosotros una guerra sin haber sido provocados.

Y, sin embargo, mucha gente vuelve una y otra vez a hacer gestos de alarma, a recoger y repartir rumores, a discutir la "conveniencia para Chile —dicen ellos— de romper relaciones", que es lo mismo que ir a la guerra.

Yo he procurado sinceramente hacerme cargo de cada una de estas opiniones y ahondar en ellas para ver qué parte de verdad contienen. Y quiero esta noche referirme a ellas para demostrar cuán escasos son los fundamentos de quienes quieren que Chile emprenda esta catastrófica aventura.

Veamos. Hagamos la pregunta: ¿Por qué cree usted que Chile debe romper relaciones?...

He aquí la primera respuesta: "Porque Chile debe cumplir los compromisos que contrajo en Río de Janeiro —nos dicen—. Chile se está deshonorando porque es remiso a sus obligaciones".

¿Qué hay de verdad en esto? ¡Nada! Estos señores no se han dado nunca el trabajo —estoy seguro— de leer siquiera el acta final de la Conferencia de Río. La Conferencia de Río era una *Conferencia de Consulta*. Desde su nombre mismo se estableció que su objeto no era imponer obligaciones sino meramente de carácter consultivo. Así está establecido en las normas inter-

americanas. Además, si esos caballeros leyeran las actas de la Conferencia sabrían que Chile no ha faltado ni en el más leve modo a ni uno solo de los acuerdos o recomendaciones aprobados. Sabrían que la recomendación de ruptura de relaciones fué aprobada por nuestro país con la expresa mención de que ella quedaría sujeta a las circunstancias y a las ratificaciones que el Gobierno de Chile estimara oportunas. No falta a ningún compromiso ni de Río, ni de La Habana, ni de ninguna conferencia americana.

Entonces ellos agregan: "Bien puede ser que no falte a los compromisos americanos pactados. ¡Pero se falta al espíritu!..."

E invocan "el espíritu de Río", poniendo lo que les place dentro de ese "espíritu". El espíritu de Río fué de solidaridad continental y de ayuda a los Estados Unidos, que habían sido agredidos por un país extracontinental. Ese espíritu de Río tiene forma perfectamente encarnada en la política de "no beligerancia" que Chile lleva.

Es falso, pues, en el derecho y en la caprichosa apelación al "espíritu" que Chile esté en mora de cumplir ni uno solo de sus compromisos internacionales.

¿AYUDARIAMOS MAS A LAS DEMOCRACIAS?...

¿Para qué romperíamos relaciones, entonces?... Y otro dice: "Para qué? Para ayudar más que ahora a las democracias, porque esta guerra nos afecta y debemos ayudar a ganarla".

Y nosotros decimos: Salvo el envío de barcos chilenos y de soldados chilenos para que vayan a morir "desde Murmansk hasta Australia", como penosamente ha ofrecido un jefe de Estado del Caribe, salvo este aporte de tropas, **ES EVIDENTE QUE LA ENTRADA DE CHILE A LA GUERRA NO SIGNIFICA MAYOR AYUDA A LAS DEMOCRACIAS, SINO TODO LO CONTRARIO.** Esto es fácil de probar. En primer lugar, la guerra obligaría a que Chile exigiera una protección armada que no puede garantizarse con sus propios medios. Cuatro mil kilómetros de costa obligarían a mantener en Chile una poderosa escuadra americana, a menos que el país entero quedase expuesto al ataque japonés. Distraer barcos en la protección de la costa chilena no es ayudar a las democracias a ganar la guerra, sino contribuir eficazmente a que la pierdan. La "ruptura de relaciones" deja en instantáneo peligro todas las grandes usinas de salitre, cobre, carbón y hierro de donde se extraen más de cuatro millones de

toneladas de material de guerra para los Estados Unidos al año. Tocopilla o María Elena o Chuquicamata o Iquique pueden ser destruidos con suma facilidad si los atacantes disponen de los perfeccionados medios que proporciona la guerra moderna. Hay que saber, señores, que los Estados Unidos sacan de Chile actualmente el 35% de todo el cobre que consumen, en circunstancias que el cobre es producto esencial para la industria de guerra.

La declaración de guerra, al paralizar nuestra navegación, no sólo hunde al país en la cesantía y el hambre, sino que afecta inmediatamente a los Estados Unidos, que tendrán que reemplazar el tonelaje chileno con barcos propios, so pena de desmoralizar a las poblaciones de todo el Pacífico Sur.

Hay quienes sueñan vanamente con la ilusión de que el Eje no podría atacarnos, incluso si fuéramos a la guerra. ¡Qué absurdo! Estas personas no han mirado un mapa; 400 barcos americanos han sido hundidos en 5 meses en las mismas aguas por las cuales navegan nuestros barcos al salir del Canal de Panamá al Caribe. Frente a la inmensidad desguarnecida de nuestra costa, no hay dificultad ninguna en realizar raids aéreos o bombardeos navales de represalia o destrucción. Esas personas no han mirado un mapa. Si lo hicieran, se darían cuenta de que Valparaíso está a más de seis mil kilómetros del Canal de Panamá, que son las defensas americanas más próximas a nuestras costas. O sea, que los barcos americanos cuyo socorro necesitaríamos están a ocho, nueve y más días de navegación de Valparaíso y a doce o catorce del Estrecho de Magallanes. ¿Hay alguien que no comprenda que ninguna defensa eficaz es posible esperar desde allá?

No ayudaríamos más a las democracias. Las ayudaríamos menos.

Nuestra entrada en la guerra significaría concretamente: menos producción en Chile, menos abastecimientos en ruta para los Estados Unidos, menos barcos mercantes cubriendo las necesidades de los países sudamericanos del Pacífico. Todo esto significa inmediatamente: menos buques, menos cañones, menos acero, menos proyectiles en los Estados Unidos.

**“¡VAMOS A RECIBIR BENCINA, ABASTECIMIENTOS,
DOLARES!...”**

Tercera respuesta: Tiene cierto sabor “práctico”. Nos dicen: Si “rompemos relaciones”, los Estados Unidos nos van a mandar

todo lo que nos hace falta. En todo caso, nos van a mandar más que ahora. Vamos a tener bencina, vamos a tener acero". Y otro piensa: "Vamos a tener dólares"...

¿Cómo hay personas que conciben como verosímiles todas estas cosas? Para mí es un misterio. Los Estados Unidos —y esto hay que decirlo en su honor— no nos mandan más *porque no pueden mandar más*. PORQUE HAY GUERRA, SEÑORES. Porque están limitados. 1.o—"Por sus propias necesidades bélicas". 2.o—"Porque el envío queda limitado por la falta de transportes". Vale la pena recordar que según el número de mayo de la revista "Fortune", la más seria publicación de este género que se edita en el mundo, los Aliados tienen hoy tres millones de toneladas menos que cuando se declaró la guerra, y, lo que es más importante, según anota el mismo "Fortune", el sistema de convoyes reduce entre un 30% y un 70% el aprovechamiento efectivo de los barcos. Esto expresa la tremenda dificultad del transporte. 3.o—"No nos mandan más porque, en el hecho, y contra lo que individuos irresponsables pretenden hacer creer, Chile recibe proporcionalmente tanto como lo que recibe cualquier otro país del Pacífico". 4.o—"No nos mandarían más porque en la práctica los países que han roto relaciones, e incluso que están en guerra con el Eje, no reciben más que lo que recibimos nosotros. Los Estados Unidos hasta ahora se han mantenido fieles al compromiso de abastecer a los pueblos latinoamericanos en proporción a sus consumos normales. Esta es la verdad, dicha en honor de los norteamericanos. Debe saberse que países como el Uruguay, a quien la Comisión de Política Exterior Norteamericana, en un informe que publicaron el 25 del mes pasado los diarios chilenos, declara "el país que está más decididamente al lado de los Estados Unidos", padece graves escaseces de abastecimientos que nosotros estamos muy lejos de sufrir.

Los que piden la guerra "para obtener ventajas para Chile" seguramente ignoran que los barcos chilenos han transportado MAS DEL OCHENTA POR CIENTO DE LOS ARTICULOS DE CONSUMO IMPORTADOS A CHILE DESDE EL EXTRANJERO Y TRANSPORTADO UNA ELEVADA PROPORCION DEL COMERCIO INTERNACIONAL DE LOS OTROS PUEBLOS DEL PACIFICO. Sólo la ignorancia absoluta de este hecho puede hacer suponer a alguien que el país "estará mejor abastecido" si va a la guerra, arriesgando toda su navegación y, con ella —repetimos—, el 80% de los abastecimientos que recibe.

Es falso, pues, imaginar y andar diciendo que Chile recibiría más abastecimientos de los Estados Unidos si entra a la guerra.

LA ILUSION DE LOS EMPRESTITOS

Y no dejemos sin respuesta la ilusión de los dólares. No dudo de que podríamos conseguir empréstitos. Veinte, treinta, cincuenta millones de dólares, es posible. Quién sabe cien, que es todo lo que ha recibido ese inmenso país que encabezó la gestión en favor de los Estados Unidos mucho antes aun del ataque a Pearl Harbour, que es el Brasil. Pero —fuera del hecho inaudito que significaría, para cualquier país digno de llamarse tal, que sea el dinero el que determine su entrada a una guerra, lo que equivaldría a vender la sangre de sus conciudadanos— aparte esto, que no puede ponerse aparte, yo me pregunto: ¿cómo quienes piensan en “los dólares” no se dan cuenta de que lo que recibiríamos no sería nada al lado de lo que perderíamos al entrar en la guerra? El día mismo en que Chile entrara en la guerra perderíamos mil millones de pesos. El primer efecto de la guerra es la quiebra de todos los valores y la restricción inmediata de las actividades económicas no indispensables, con la cesantía consiguiente. El segundo, la desvalorización de la moneda y la tremenda injusticia que esto significa para las clases media y popular, principalmente, que por no ser poseedoras de tierras o de inmuebles tienen todas sus reservas en las Cajas de Previsión o en otras formas de ahorro a base de signos monetarios más que de valores reales. Antes de una semana esta gente, que compone la inmensa masa del país, habría visto esfumarse muchísimos más millones de los que pudiéramos conseguir en el empréstito. ¿Acaso ignoran estos caballeros que Francia, que ganó la guerra pasada, tuvo que desvalorizar en un ochenta por ciento el valor del franco? ¿Acaso ignoran que, en América, los países que recientemente han salido de infortunadas guerras internas del continente han sufrido una disminución terrible en el valor de su moneda?

¿Cómo no piensan, por otra parte, que la entrada en la guerra, aun cuando en el primer tiempo no nos imponga la obligación de enviar tropas a morir “desde Murmansk hasta Australia”, nos obligará a movilizar numerosas clases de reservistas para hacer frente siquiera a una mínima custodia y defensa de nuestros cuatro mil kilómetros de costa? Esto representará, como mínimo, cincuenta u ochenta mil hombres que habrá que retirar de las industrias y los campos, o de las universidades y funciones diversas de la actividad nacional. Se daría

un severísimo golpe a la producción nacional, entrando además en el infinito volumen de gastos propios del equipo y mantenimiento de semejante movilización. Y si carecemos del equipo para estos hombres o no queremos efectuar dicho llamado a cuarteles, yo me pregunto: ¿para qué entonces provocamos una guerra?

¿A quién puede ocurrírsele que la guerra para un país pobre, que tiene que recibirlo todo de afuera y pagarlo, es un medio de enriquecerse?... ¡Para mí es francamente un misterio!

LA "PRESION" NORTEAMERICANA

Pero hay que hacerse cargo de otra respuesta. Esta la dan los pesimistas. Los que no creen que las democracias luchan por la supervivencia de los principios democráticos en un mundo amenazado por la fuerza bruta de las legiones "panzer". Los que no tienen confianza en la rectitud de intenciones del Gobierno norteamericano. Ellos dicen, en un tono admonitorio y sombrío:

"Tenemos que romper relaciones, aunque sea la guerra. No podemos hacer otra cosa. Si no lo hacemos, los Estados Unidos nos van a matar de hambre: nos van a negar bencina, fierro, maquinarias, armamentos, todo lo que necesitamos y no podemos recibir sino de ellos. Y si esto no es bastante, son capaces de hacer que el Perú o Bolivia nos declaren la guerra. Los Estados Unidos nos van a obligar a arrodillarnos. Más vale ser inteligentes y adelantarse a lo inevitable."

He reproducido con repugnancia estos argumentos tan ajenos al honor de Chile, tan contrarios al sentido de la dignidad y tan poco de acuerdo con la psicología del chileno. Pero hay que agotar la información.

Yo aprovecho, señores, para decir del modo más franco que comprendo perfectamente que los Estados Unidos preferirían que Chile entrase a la guerra. No voy a pretender engañar estúpidamente a los norteamericanos diciéndoles que a ellos no les conviene más que Chile entre derechamente a la guerra y participe con tropas y con barcos —con los pocos que tiene— en los campos de batalla. Ni pretendo engañar a los chilenos diciéndoles que los Estados Unidos prefieren que Chile no entre a la guerra.

Después de dicho esto, agrego lo siguiente: Tengo plena fe en la rectitud moral del Gobierno norteamericano y sé que nada justifica la monstruosa suposición de que defenderá sus intereses

sacrificando abusiva y desenfrenadamente los derechos de nuestros pueblos.

Irlanda es un hermoso testimonio del "clima moral" en que los Aliados hacen la guerra.

Tengo, asimismo, plena confianza en la inteligencia y la discreción de los que conducen la política internacional aliada, y en la sincera estimación que profesan a Chile sus representantes en este país. La presión contra Chile, económica o de otro género, que podría producirse, NO ALCANZARA NUNCA SINÓ UN DETERMINADO LIMITE, MAS ALLA DEL CUAL NO PASARA SI LA NACION CHILENA SE MANTIENE UNIDA DETRAS DEL GOBIERNO. ¿Por qué me atrevo a asegurar esto? Porque es evidente, señores; que no habría sino los peores y más inútiles riesgos para la causa de las democracias y para el interés de los Estados Unidos en arrinconar a este pueblo hasta sumirlo en la desesperación. Cien mil cesantes en la calle que de veras fuesen provocados por la presión extranjera, harían de este país —o de cualquier otro país sudamericano— un verdadero barril de pólvora, y significaría haber trabajado, no para los Estados Unidos, sino para Hitler. Yo no veo ventaja alguna que pudieran ganar los Aliados —que reciben de Chile todo cuanto pueden recibir en ayuda moral y material, menos hombres— en arriesgarlo todo, en perderlo todo tal vez, para darse la torpe satisfacción de decir: "Los estamos haciendo morir de hambre". La desesperación es mala consejera. Un pueblo arrastrado a la desesperación puede dar las peores sorpresas, porque pierde el control de sí mismo.

Y en cuanto a los que temen —agoraramente— que haya un solo desequilibrado en América que piense provocar guerras artificiales intestinas, pueden estar seguros, de que ni en el más optimista de sus cálculos, deben pensar que ni en la más delirante de sus noches Alemania o el Japón se habrán atrevido a soñar con semejante expectativa de romper la unidad moral americana y destruir el sólido baluarte que en toda América tienen las democracias, y en particular los Estados Unidos. ¡Y creo que podemos estar seguros de que los Estados Unidos no les darán semejante satisfacción!

No. Si la nación se mantiene serena y unida detrás del Gobierno, todos los elementos razonables indican que no tenemos nada que temer. Claro está que si, al revés, continúa desenvolviéndose la campaña de quienes están realizando el clásico trabajo de las "quintas columnas", que consiste en introducir, deliberadamente o no, que para estos casos da lo mismo, una cuña

entre el Gobierno y la nación, y entre el Gobierno y la solidez de su política en el exterior, los peores peligros se hacen posibles.

NO ESTAMOS "AISLADOS"

Otros, a quienes ustedes habrán oído, como los he oído yo, sostienen que esa presión no vendrá tanto de los Estados Unidos cuanto del resto de los países americanos, que exigirían un tratamiento "de castigo" para Chile. Otros dicen que nos estamos quedando aislados en América. Otros, que nuestros vecinos están adquiriendo un volumen tan enorme en desarrollo económico, industrial y armamentista, que Chile estará condenado a una perpetua inferioridad.

¿Qué hay de cierto en todo esto? ¡Nada! Basta pensar un momento sin dejarse cegar por el rumor. La "ira" que estas gentes quisieran ver en los demás países sudamericanos contra Chile no existe, simplemente, porque la posición de Chile los favorece más que a nadie. Gracias a Chile la guerra no se ha hecho presente con todas sus calamidades en los demás países del Pacífico Sur. Gracias a que pueden navegar libremente los barcos chilenos, el Perú, Ecuador y Colombia tienen medios de abastecimiento que perderían instantáneamente de entrar Chile a la guerra. No hay tal "ira". Hay reconocimiento por la leal ayuda de Chile.

En cuanto al "aislamiento", resulta imposible imaginárselo cuando Chile hace por los Estados Unidos más de lo que hace ningún otro país latinoamericano. Cuando Chile tiene problemas de carácter militar que hacen para él imposible una guerra que para los otros entraña contornos menos amenazadores. Cuando la posición de Chile es de franco servicio a los demás pueblos hispánicos del continente.

Y la disparidad en el volumen armamentista y económico no se ha producido. Pueden estar tranquilos los que se alarman de esto. Las cifras muestran, lo que ya dije antes, que los Estados Unidos se mantienen inalterable e inteligentemente fieles a su política de establecer una ayuda proporcional a todos los pueblos americanos.

¿Y SI ARGENTINA VA A LA GUERRA?...

Todavía una respuesta que, sin duda, merece una consideración atenta. Hay quienes, con legítima preocupación, temen que

Argentina rompa relaciones con el Eje y vaya a la guerra. ¿Qué haría Chile en ese caso?

Primero que todo, yo creo que debe dejarse en claro que la política internacional chilena no está determinada en modo alguno por lo que haga o deje de hacer Argentina. Es evidente, sin embargo, me apresuro a agregar, que no hay política internacional inteligente si carece de la elasticidad necesaria para adecuarse a circunstancias distintas. No creo, sin embargo, que el problema sea de aquellos que exijan cualidades proféticas. Los pueblos democráticos no tratan estas cosas en el misterio. A nadie se le ocurriría que Chile vaya a amanecer un día cualquiera con sus relaciones diplomáticas rotas, sin haber pasado antes por la tramitación legal, constitucional y de opinión pública que son el clima obligado para determinaciones de tamaña gravedad. También en Argentina existen Congreso, prensa, opinión pública. Y existe una cordial amistad entre los dos Gobiernos y pueblos que nos permitirá tener el máximo de informaciones oportuna y adecuadamente. ¿Para qué atormentarse?...

“LA MESA DE LA VICTORIA”

Y no quiero terminar la mención que estoy haciendo de estas objeciones a la “no beligerancia” sin aludir a una, no porque sea seria, sino porque demuestra hasta adónde se llega en esto de estirar los argumentos. Le he oído a un diputado sostener seriamente en asambleas públicas que Chile debe “romper relaciones”, porque si no —dice él—, ¡Chile no tendrá asiento en la mesa de la victoria!

¿Pero qué creará este colega mío que Chile pediría para sí en la “mesa de la victoria”? ¿Tal vez un Protectorado en Oceanía? ¿Tal vez una colonia en las islas malayas? ¿Qué vamos a pedir en la “mesa de la victoria” o fuera de la “mesa de la victoria”? Una sola cosa, compatriotas, vamos a pedir: que se reconozca nuestra condición de pueblo libre, que se nos trate con justicia, que nuestro derecho sea respetado. Nada más. Y si nuestra actitud actual no nos garantiza esto... ¡Ah!, entonces yo digo, señores, que no podría concebir ninguna diferencia entre el señor Hitler y sus enemigos. Si a un pueblo que lo da todo, menos la vida de sus hijos, se le niega todo por no haber entregado su sangre, esta guerra pasaría a ser, para ambos bandos, la más impura de todas las guerras de la historia.

No, señores; afortunadamente podemos asegurar que el mundo de Roosevelt y de Churchill, el mundo de los pueblos libres,

no será un vasto campo de concentración, sino que ha de edificarse sobre la base de las cuatro libertades; sobre la base de la Carta del Atlántico prometida a todos los pueblos de la tierra; sobre la base del respeto a la justicia y al derecho de cada cual.

AYUDA A LAS DEMOCRACIAS, LUCHA ANTITOTALITARIA, VOLUNTAD DE PAZ

Yo no conozco otros argumentos que éstos, de parte de los "abogados" de la guerra y de la ruptura. Estoy profundamente convencido de que ninguno de ellos justificaría por ningún motivo la entrada de Chile en una guerra sin provocación.

Pero, sin embargo, hay que reconocer lealmente una cosa: que hasta aquí la política de "no beligerancia" no aparece ante la nación, y, probablemente, ante los Estados Unidos, y el resto de América, con el poder de radiación que, indudablemente, encierra.

Toda política se hace de dos elementos: definición y acción. La definición de una política implica la estimación cuidadosa de los diferentes elementos integrantes del problema. Es, tal vez, la parte más delicada, pero, ¡digámoslo con franqueza!, no es todo lo que un pueblo necesita en horas críticas como ésta. La concepción de la "no beligerancia" corresponde, sin duda alguna, al interés fundamental de Chile y de los pueblos latinoamericanos, de los cuales Chile forma parte. Pero ella necesita ser complementada por un conjunto de medidas que le den fuerza de penetración en la opinión pública del país y de América. A mi juicio, la política de "no beligerancia", si quiere presentarse con toda la vitalidad propia de una nueva actitud internacional, y con todo el vigor que hace de ella, no una "neutralidad disfrazada", sino una vigorosa política de ayuda a las democracias y de defensa del ideal americano, necesita recoger y proyectar con violencia en Chile y en América tres líneas de fuerza: fronteras adentro: defensa legal, administrativa y policial contra la penetración totalitaria; fronteras afuera: ayuda total a las democracias; intención medular: mantenimiento de la paz mientras la paz dependa de la voluntad de Chile.

Yo estoy seguro de que incluso aquellos mismos que con precipitación piden hoy día la guerra, se sentirían resguardados con una "no beligerancia" que sea proyectada claramente al servicio de estos tres fines.

Aparte esto, es indudable que debe valorizarse mediante una intensa e inteligente campaña, dentro y fuera de Chile, el

colosal aporte chileno al esfuerzo bélico de las democracias. Misiones especiales chilenas debieran estar informando en toda América de cada uno de nuestros esfuerzos, y defendiendo a Chile de ataques tan injustos y tan absurdos como, por ejemplo, el que leímos no hace una semana en el deplorable editorial del "Washington Post". El cine, la prensa, la radio, han hecho posibles contactos insospechados antes, que deben ser utilizados en gran escala por el país para justificar plenamente su política. América entera debe saber por nosotros, y no por individuos cuya intención a veces es dudosa, y cuya información casi siempre es insuficiente, lo que hacemos y por qué lo hacemos.

Hay que tener presente que afrontamos la etapa más crítica que haya afrontado el país desde la guerra de 1879 hasta ahora. Hay que tener presente que nuestra actitud frente a esta guerra está preñada de significados y consecuencias. Pase lo que pase, esta guerra no será inútil y perdida para los pueblos de América. Hay que hacer nacer lenta pero inflexiblemente en el continente la convicción de que, de ahora en adelante, el centro de gravedad de todos los pueblos americanos está recíprocamente fuera de sus fronteras. América se pertenece a sí misma. Debemos hacer nacer una nueva concepción del orden internacional: la concepción fundamentalmente cristiana que organiza al mundo en la interdependencia de los pueblos y la fraternidad de todos los hombres.

Las horas son sombrías; pero son, precisamente, estas horas sombrías las horas de las grandes generosidades y de las grandes audacias creadoras.

**PARA SERVIR A CHILE POR SOBRE
LAS BARRERAS DE LOS PARTIDOS:**

UN ORGANO DE PRENSA PARA LA FALANGE

Falangista: El Movimiento exige y espera tu cooperación.

Simpatizante con nuestra causa: Ayuda a la Cruzada Falangista.

Subscribe bonos para el Fondo Nacional Falangista, o envía tu cooperación económica a **Eduardo Frei Montalva**, casilla 1448, Santiago.

La Falange, empresa de sacrificio y redención, espera la cooperación que permitirá al Movimiento proyectar con amplitud su doctrina y su acción en todos los sectores de la vida chilena.

¡ANTES DEL 30 DE SEPTIEMBRE LA FALANGE NACIONAL TENDRA UN ORGANO DE PRENSA!

DEBES CONTRIBUIR HOY MISMO CON TU APOORTE PERSONAL

PRECIO: \$ 0.40 EL EJEMPLAR

Pedidos a **GONZALO LATORRE SALAMANCA**, Jefe Nacional del Depto. de Cultura y Propaganda - Av. B. O'Higgins 540
Casilla 1448 - Santiago

Envíos contra reembolso, desde 100 ejemplares. Se hacen a razón de \$ 0.25 el ejemplar